

inútil, y solo para ser echado al fuego: por el contrario, el Padre Pignatelli puede ser muy útil para el restablecimiento de la Compañía, y por lo mismo contribuir más á vuestra mayor gloria: por tanto llevadme á mí, y dejadle á él con vida para los dichos fines.» Poco después el Siervo de Dios, aunque muy agravado, pidió que se le condujese al aposento del P. Panizzoni: y se le condujo allá del mejor modo posible en brazos de los Hermanos de la casa.»

«Á la vista impensada del P. Pignatelli que yacía en aquel estado, quedó el P. Panizzoni tan atónito, que, como aseguró el mismo, le parecía imposible sobrevivir á aquel imprevisto asalto. Entrado en el aposento, y aproximado lo más que se pudo al lecho del P. Panizzoni, quiso el Siervo de Dios estar á solas con él, y empezó á hablarle en estos términos: «¿Qué significan esas súplicas, que estáis haciendo al Señor? No es esa la manera de rogar. Y ¿quién sois vos, que, cuanto está de vuestra parte, queréis oponeros á la divina voluntad? ¿Cómo sabéis quién puede ser útil ó no al restablecimiento de la Compañía?»

«Hay que notar aquí,» continúa el Emmo. Pedicini, «que el citado P. Panizzoni con nadie había hablado de su deseo y de la súplica hecha para alcanzar de Dios la conservacion de la vida de su siervo: que solo de su corazon había salido, sin que nadie pudiera haberle oído; y que los Padres Panizzoni y Pignatelli tenían sus aposentos el uno en el piso superior y el otro en el inferior de la casa. El suceso, pues, en todas sus partes me edificó.» Hasta aquí el dicho cardenal<sup>1</sup>.

Apenas circuló por Roma la noticia de que el P. Pignatelli estaba gravemente enfermo, muchos de los más ilustres personajes pasaron al hospicio de San Pantaleon á verle y hablarle por última vez, y no dejaron después pasar día sin enviar recado para saber de su salud. Los ocho últimos días de su vida<sup>2</sup> concedió

<sup>1</sup> Así lo había oído referir á los Padres después de la muerte del P. Pignatelli. Lo mismo deponen el cardenal Carlos Odescalchi, *ibid.*, fol. 518.

<sup>2</sup> En la breve relacion citada se dice que el Venerable murió el día

Monseñor vice-gerente la gracia de que muy temprano se celebrase la santa misa en el oratorio contiguo, oyéndola el enfermo por la ventanilla abierta; y recibiendo en ella la santa comunión.

Pasaba lo restante del día en conversacion espiritual con los Padres que le asistían, y en tiernos coloquios á solas con su Dios; y á menudo hablaba de la gloria y felicidad de la vida venidera con tanto gusto y tal uncion de espíritu, que no parecía sino que ya estaba en su posesion. Un religioso que fue á visitarle, quedó tan embelesado de sus palabras, que por muchos años no las pudo olvidar ni se le borró aquella impresion; y deponen por escrito que le habló de la vision beatífica con tal viveza, que le parecía estar no con un hombre de este mundo, sino con un bienaventurado de la gloria.

Yacía el santo varon con los ojos fijados en un crucifijo que tenía sobre el pecho, y con el rosario en la mano, que rezaba varias veces al día. Deseaba mucho que le dejasen solo para pasar más estrechamente unido con su Dios todos los momentos del breve tiempo que le quedaba; y allí eran los desahogos de su corazon en actos intensísimos de caridad y suavísimas jaculatorias y aspiraciones.

Repetía con gran devocion las siguientes, que fueron sus predilectas toda su vida: *¡Oh Sancta Trinitas! ¡Oh Beata Trinitas! Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum:* luego, levantando los ojos al cielo, decía: *Quando veniam, et apparebo ante faciem Domini? Cupio dissolvi et esse cum Christo:* y bajando los ojos, y dirigiéndolos á una devota imágen de la Virgen, añadía con blando afecto: *Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu me ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* No se le oyó quejarse una vez siquiera de los acerbos dolores que padecía, sufriendolos con invicta paciencia, imperturbable tranquilidad y rostro sereno.

No dejó sin embargo de acometerle el enemigo comun, per-

octavo de su decúbito: segun esto se echó en cama, para no levantarse de ella, el 7 de Noviembre.

mitiéndolo así el Señor para mayor merecimiento y exaltacion de su siervo. Oyósele una noche levantar de repente la voz y quejarse con amargura, cosa que no había hecho en toda la enfermedad. Acudieron al punto el P. Monzon y el H. Annoni; mas encontrando la puerta cerrada con cerrojo por dentro, llamaron á toda prisa al H. José Grassi, quien con un recio golpe abrió, y «Hallé,» dice<sup>1</sup>, «oscura la cámara, aunque cosa de una hora ántes había yo dejado encendida la luz: al reflejo de la lámpara que había en el corredor, pude luégo ver al Siervo de Dios, el cual, desnudo del todo, yacía en el suelo entre la mesa y el reclinatorio; todo aterido del frío, llorando, y extendiendo los brazos en ademán de pedirme socorro. Entonces sin demora le cubrí, subíle á la cama y le compuse en ella, y le pregunté cómo había sucedido aquello, y él me respondió que no lo sabía: yo añadí: «La puerta ¿la había tal vez cerrado V. Reverencia?» Y él me dijo que no. — «La camisa ¿quién se la ha quitado?» Respondió: «No lo sé.» — «Entonces, dije, no puede haber sido sino el demonio.» Á lo que respondió: «Esto creo yo tambien.»

Otra vez se empezó á turbar y poner como triste; y preguntándole la causa, dijo que estaba todo el cuarto lleno de demonios; pero rezando algunas oraciones y rociando la habitacion con agua bendita, huyeron los monstruos infernales, y el Padre recobró la calma y no volvió á padecer semejante molestia.

«El aviso de recibir la comunión por viático no le produjo ningun trastorno: quieto y tranquilo como estaba siempre, la recibió muy de mañana á la hora de los demás días, y no quiso hacerlo de día con el aparato y acompañamiento de los de casa, segun costumbre, á fin de no aumentar con esto su angustia.» Esto escribe el P. Monzon<sup>2</sup>: y aunque no señala el día fijo en que el Venerable recibió el viático, parece suponer que fue el último de su vida, esto es, el 15 de Noviembre.

El mismo día 15 por la mañana le encontró el médico en

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 293.

<sup>2</sup> *Vida*, Lib. III, Cap. XIV.

tan buen estado, que, salvo una ligera calentura, nada tenía de enfermo más que la debilidad. Con todo esto, el Padre, que sabía muy bien era aquel el último de sus días, con expresiones de fina gratitud y grande afecto dio gracias al médico por lo bien que le había cuidado, y le prometió rogar á Dios por él apenas llegase, como esperaba, á gozar de su vista.

Segun las leyes en aquella sazón vigentes, le era preciso hacer testamento, siquiera para conservar los muebles de su uso, que tenía en el aposento. Repugnaba al P. José hacer aquel acto, que decía mal con la perfeccion de su pobreza; y así ántes de cumplir con aquella formalidad civil, protestó ante el médico y testigos, que nada absolutamente poseía. De esta protestacion dio fe el facultativo con estas formales palabras: «Yo, el abajo firmado, puedo declarar, que, estando visitando al Reverendísimo P. D. José Pignatelli, gravemente enfermo, y habiéndole significado que su enfermedad estaba en una situacion deplorable, ha dicho él que tenía intencion de asegurar con pura verdad y conciencia, que no poseía cosa alguna en este mundo, pues no tenía bienes muebles, ni pension ó entrada de ningun género; que todo lo que á sus manos llegaba para su propio sustento y el de los demás, le era dado de limosna; que sus libros y papeles los tiene prestados de sus amigos, y que por consiguiente no tiene cosa de que disponer. Todo esto aseguro rogado por él mismo, y me lo ha dicho en presencia de los infrascritos testigos. En fe de lo cual, etc. — Roma, hoy 15 de Noviembre de 1811. — FRANCISCO EGIDI, miembro de la facultad de medicina<sup>1</sup>.»

Hecha esta declaracion, llamóse á un notario público, ante el cual otorgó el Siervo de Dios su testamento, que es del tenor siguiente<sup>2</sup>: «En nombre de Su Majestad el Emperador de los Franceses, rey de Italia, y Protector de la confederacion del Rin.

<sup>1</sup> Los testigos que firman son: Diego Val, José Doz, Agustin Monzon, Bartolomé Hernández, José Grassi, Santiago Annoni.

<sup>2</sup> Traducción de la copia remitida por el P. Juan Bautista Van Meurs.

— Testamento público — Del Rev. Señor D. José Pignatelli — El año mil ochocientos once — El día El quince del mes de Noviembre.»

«Ante mí, Antonio Conflenti, notario público en ejercicio, domiciliado en Roma, con despacho propio en la Via Florida, núm. 13, y en presencia de los infrascritos testigos hábiles á tenor de la ley.»

«Personalmente existente el Señor D. José Pignatelli y Jesuíta, domiciliado en Roma y habitante en la calle *dell Agnello* en el *Rione Monti*, núm. 17, de mí conocido, el cual, sano de mente, sentido, oído, habla y entendimiento, si bien enfermo de cuerpo y postrado en cama, ha deliberado disponer de aquellas pequeñísimas cosas que se hallan en la cámara donde habita; de las cuales por medio del presente acto ha dispuesto de la manera siguiente:»

«En primer lugar, encomiendo mi alma al Omnipotente Dios que la ha eriado, á la Beatísima Virgen María y á todos los Santos mis abogados, para que me impetren el perdon de mis culpas, y sea hecha digna de la eterna gloria del Paraíso.»

«Mi cuerpo, hecho cadáver, quiero que sea sepultado en la venerable Iglesia de la Virgen Santísima del Buen Consejo.»

«Hallándome con una pequeña cama, varios libros, un escritorio, un reloj y algo de vestuario, y no teniendo ni aquí en Roma ni en alguna otra parte otra cosa de mi pertenencia, quiero que de los pequeños objetos arriba escritos sea el heredero el Reverendo Señor D. José Doz, el cual después de mi muerte deberá venderlo todo y emplear el precio en sufragios por mi alma, estando yo cierto que aceptará tal encargo, atendida la antigua amistad y amor que siempre me ha demostrado.»

«Y este, yo testador, digo ser mi acto público de testamento, el cual quiero que tenga valor por todas las razones más válidas.»

«Así pronunciado y dictado por el testador á mí, notario, en presencia de los infrascritos testigos.»

«Después de lo cual el presente testamento ha sido por mí leído íntegramente en presencia de los mismos testigos, decla-

rando el testador haberlo comprendido perfectamente y estar en lo mismo.»

«Hecho en la habitacion del susodicho testador, como está dicho: presente el Sr. José Grassi y jesuíta, domiciliado en la calle *dell Agnello* en el *Rione monti* núm. 17; el Reverendo Sr. D. Javier Oderigo y jesuíta, domiciliado en dicho lugar; Florencio Grassi y jesuíta, domiciliado en dicho lugar; y Santiago Annoni y jesuíta, domiciliado *ut supra*: testigos para este acto requeridos, los cuales de propio puño han firmado juntamente conmigo notario, habiendo declarado el susodicho testador, que, atendida su debilidad ocasionada por su grave dolencia, no podía escribir<sup>1</sup>.»

«En la misma tarde en que murió,» dice el H. José Grassi<sup>2</sup>, «estando en pleno uso de sus facultades, mientras se otorgaba el testamento, que en aquellos tiempos era necesario para asegurar los muebles y demás que tenía en su aposento, él, todas las veces que durante aquella formalidad me acerqué á su cama, me repitió: «Diles que se den prisa; que no tenemos tiempo que perder.» Y efectivamente, terminado el testamento, dadas las gracias al notario Palombi, al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, espiró.» Esto deponía el H. Grassi en 1836. Que el Padre tardó algo más de un cuarto de hora á espirar se deduce de lo que vamos á decir, sacado de los que escribieron á raíz del suceso.

Aquella misma tarde, segun la facultad que le había dado el P. General, nombró Provincial al P. Panizzoni: y no teniendo ya qué hacer en beneficio de los suyos, pidió con instancia que se le administrase la santa unción. Recibióla en todo su sano juicio y acompañando con la boca y corazón al sacerdote; y luégo dio gracias á los Padres que estaban presentes, y con intensísimo

<sup>1</sup> Siguen las firmas de los cuatro testigos y la del notario, y á continuación esta nota: «Registrada en Roma el cinco de febrero l. 8 *in eos* 4 f<sup>o</sup> SS. RR. 14. — Recibidos tres francos = TRINUCCI. — Por copia conforme = ANTONIO CONFLENTI, Notario. — Reconocida en el tribunal de primera instancia establecido en Roma, 7 febr. 1812.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 185.

afecto se despidió de todos ellos; y como viese que el P. José Doz, su íntimo amigo, se quedaba aún en la habitación, le dijo: «Marchaos vos también, y dejadme á solas con mi Dios.» Apenas pasó media hora de coloquio con él en suma quietud y recogimiento, cuando algunos se pusieron á escuchar á la puerta, y creyendo que empezaba á agonizar, entraron y leyéronle la recomendación del alma: al concluirla, el P. José Pignatelli, teniendo en la mano un crucifijo y otro tendido sobre el pecho, «como una pavesa, que mansamente se apaga,» dice el P. Luenigo, «expiró sin un momento de penosa agonía.»

Fue su preciosa muerte á 15 de Noviembre de 1811, á las seis y media de la tarde: tenía 74 años de edad y 58 de religión. Habiendo sido de complexión débil y delicada, que tanto alteraron también las enfermedades y fatigas, puede muy bien decirse que vivió mucho tiempo de milagro; y nada tiene de improbable la opinión de los que piensan haberle sostenido Dios por tantos años, á fin de cumplir los designios de su providencia en el restablecimiento de la Compañía.

Fue de estatura alta, de aspecto grave y majestuoso, de trato tan fino y afable, que presto se conciliaba la benevolencia de todos. El cardenal Luis Polidori decía, que cuantas veces se presentaba delante del P. Pignatelli, sentíase poseído de tal respeto, que no se atrevía á mirarle al rostro; pero al oírle las primeras palabras, dilatábasele en gran manera el corazón. Lo mismo acontecía á todos los que trataron familiarmente con el Siervo de Dios. Á más de la mascarilla que se sacó en yeso del cadáver, hicieronse varios retratos del Padre después de su muerte, en lienzo unos y en cobre otros. El que se tiene por mejor, es el que pintó Maria Paticchi, penitente y devota del Padre.

Al espirar en Roma, se apareció en Bolonia al H. Domingo Cademarchi, coadjutor, que había sido novicio suyo y muy amado por sus virtudes. El mismo Hermano refiere el hecho con estas palabras<sup>1</sup>: «La noche del mismo día [en que murió el Pa-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 667.

dre], como á una hora de la noche<sup>1</sup>, en Bolonia se dio principio á la novena de la Santísima Virgen por los Padres que allí moraban; y poco después de haberla yo comenzado en comun con los demás, estando todo recogido y animado de un fervor más vivo de lo acostumbrado, parecióme ver claramente al Siervo de Dios, todo bello, que resplandecía con su rostro más afable aún de lo que solía, y se me acercaba en ademán de darme un abrazo; y muy risueño [*tutto ridente*] subióse al cielo: yo quedé todo consolado<sup>2</sup>.»

También otra persona de gran virtud, arrebatada en éxtasis, vio abierto el cielo ante sus ojos, y en él á un Padre de la Compañía sentado en majestuoso trono de gloria, circuido de rayos de vivísima luz, con la sotana tachonada de estrellas, y con una preciosa cruz pendiente del cuello: una voz interior le dijo ser aquel el P. Pignatelli.

Mientras estuvo expuesto el cadáver, fue creciendo el concurso de personas de diferentes órdenes que iban á besarle manos y pies, y á cortarle cabellos, partecicas de la sotana, ó lo que les era posible, para reliquia. Uno de los que el día 17, después de las exequias le besaron la mano, asegura que esta se conservaba flexible y blanda. «Yo,» dice D. Ángel de Angelis, «después de cantada la misa, me acerqué al féretro, le tomé la mano, y se la besé muchas veces, y advertí que estaba sensiblemente flexible<sup>3</sup>.»

Finalmente cerrado en una arca, vestido con ornamentos sacerdotales, se le enterró en la iglesita del Buen Consejo, y allí permaneció hasta que el P. Luis Fortis lo mandó trasladar á la iglesia del Jesús, donde están sepultados los Padres Generales, como diremos en su lugar.

<sup>1</sup> Esto es, una hora después que hubo anochecido, que á mediados de Noviembre sería hacia las seis y media.

<sup>2</sup> En el proceso de Parma, fol. 163, dice Santiago Serassi: «Apenas muerto el Padre, oí decir que un periódico contaba cómo un amigo suyo en Bolonia vio subir su alma al cielo.»

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fol. 1167.

El día 17 de este mes de Noviembre escribía el P. Luengo<sup>1</sup>: «Esta mañana se le ha hecho [al P. Pignatelli] el oficio con toda la posible decencia y con gran concurso de jesuitas y de otras gentes en la iglesia de su casita del *Buon Consiglio*; y después inmediatamente y de cuerpo presente le hicieron otro oficio con solemnidad los cofrades de aquella cofradía de Nuestra Señora del *Buon Consiglio*. Y aunque algunos pensaron, que se le llevaría para darle sepultura en la iglesia del Jesús, y no había en ello dificultad alguna, ha sido sepultado por su voluntad en la bóveda ó catacumba de aquella misma iglesia, en la que están ya enterrados tres ó cuatro de sus súbditos<sup>2</sup> y muchos años ha lo fue el santo P. Bernardo Recio, de la Provincia de Quito..... Á varios oigo mostrar mucha compasion de los de la casa del *Buon Consiglio* y de los demás que fueron jesuitas en Nápoles, como que habiéndoles faltado el P. Pignatelli, se hallarán en angustias y estrechez para poderse mantener. Pero ellos se muestran muy animosos en este particular y llenos de esperanza de que quien les mantuvo estando en este mundo miserable, mejor les mantendrá estando en el cielo.»

Y el H. Grassi dice en el proceso romano<sup>3</sup>: «Al entierro estuvieron presentes el H. José Grassi,..... Florencio Grassi, Santiago Annoni, Luis Cerebelli, José Pérez: y me parece que también asistieron el P. Monzon y el P. Doz, los cuales pusieron en la primera caja el tubo de la memoria [ó elogio].» Esto dice el H. José Grassi, el cual termina su atestacion en el proceso con las siguientes gravísimas expresiones: «El Siervo de Dios ha sido el brazo de que se sirvió el Altísimo para conservar la Compañía de Jesús, á gloria suya y para provecho de las almas, en medio de la más terrible guerra, que á la religion se hacía públicamente por sus más obstinados enemigos: demostrando el Siervo de

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 43, Parte segunda, pág. 1067.

<sup>2</sup> Diez fueron los jesuitas enterrados en aquella bóveda, unos ántes, otros después del P. Pignatelli. (*Process. Rom.*, fol. 298.)

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fol. 298.

Dios tan grande magnanimidad de corazon en todo sentido, que no me es posible á mí explicarlo suficientemente<sup>1</sup>.»

Á últimos de Diciembre de este año de 1814 escribía el autor del *Diario*<sup>2</sup>: «Han tenido [los jesuitas napolitanos], y todos nosotros con ellos, una irreparable pérdida por la muerte de su único Provincial, el grande español José Pignatelli, al que en punto de santidad le hacen muchos romanos tan grande, que nos cuentan gracias y favores singulares que han recibido por su intercesion y aun prodigios manifiestos..... Con el nuevo Provincial [P. Panizzoni] y con el antiguo ministro ó ecónomo de la casa del Buen Consejo, el jesuita aragonés Monzon, van todas las cosas en ella como ántes, y aun la limosna á la puerta; y en número como de veintiuno ó veintidós, entre portugueses, italianos y españoles, se mantienen con toda decencia, y esperan que no les faltará en adelante si el gobierno francés les deja vivir reunidos en su casita; y aunque la mitad de ellos son muy ancianos y la otra mitad son también viejos, trabajan muy bien en los hospitales, en el cuartel de los galeotes, en el confesonario en su iglesia y en las de muchas religiosas esparcidas por la ciudad.»

Subsistía el convictorio de Tivoli, con ocho ó nueve sujetos. Unidos estos á los del seminario de Orvieto, á los de la casa del Jesús y á los que estaban esparcidos por diversas ciudades de Italia, eran como unos sesenta individuos los que á la muerte del P. Pignatelli formaban la Provincia de Nápoles, desterrada en Roma<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 312.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 1230.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*